



Capítulo 297 - El poder de la muerte.

En uno de los rincones más aislados e inaccesibles del mundo, Vergil se sentó en el borde de uno de los edificios más altos de Nueva York.

El viento azotaba su cabello plateado, pero él permanecía indiferente a la expansión urbana bajo sus pies. Lejos de todo y de todos —de los dramas, los conflictos, los deseos—, finalmente encontró la quietud que necesitaba para lidiar con un asunto más oscuro. Un asunto que cargaba con el peso de su nuevo título.

Levantó lentamente una mano, como si llamara a un viejo compañero.

"Itharine." La sombra detrás de él se retorció, crepitando como carne viva mezclada con humo y oscuridad.



De ella surgió una figura femenina, sinuosa y etérea: una mujer con rasgos que desafiaban la lógica biológica.

Itharine hizo una profunda reverencia. Su piel era gris, casi metálica. Sus orejas, largas y puntiagudas, parecían las de un elfo antiguo, pero retorcidas por algún toque nigromántico. La esclerótica de sus ojos era completamente negra, acentuando el brillo violeta de sus iris: ojos que no veían, sino que juzgaban.

Y de todo su cuerpo brotó un humo negro, tan oscuro como el abismo, que fluyó como agua bajo gravedad invertida.



—Mi señor —murmuró con absoluta reverencia, mientras su cabello caía en cascada como un velo casi hasta el suelo.

Vergil no la miró de inmediato. Solo sonrió levemente.

"Te has vuelto más fuerte."

—Sí, mi señor —respondió ella en voz baja—. Gracias a la sombra que proyectas, crezco.

Y, en efecto, creció. Porque Itharine era más que una sombra viviente. Era la Primera comandante del Ejército de la Muerte, la encarnación de la nueva habilidad que Vergil había adquirido al convertirse en el Jinete de la Muerte.

Cuando Virgilio asumió el título de Muerte —uno de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis— heredó más que solo poder puro.

Heredó el dominio sobre la esencia misma de la muerte. Pero a diferencia de entidades absolutas como Tánatos, que cercenan el alma definitivamente, el Jinete de la Muerte trae la muerte al campo de batalla: la moldea, la manipula, la transforma...

Él no destruye. Él convierte.

A través de un extraño proceso nigromántico vinculado a su alma, Vergil puede transformar a ciertos muertos en soldados de los no muertos: seres que conservan parte de su conciencia, se vuelven más fuertes en su presencia y le sirven con una lealtad inquebrantable.

Sin embargo, este poder no es absoluto.





No puede simplemente matar indiscriminadamente para reclutar nuevos guerreros. Cada alma requiere un vínculo, algo que conecta a los muertos con la estructura nigromántica del Jinete. Un sello, un pacto o una marca residual de magia.

Itharine, por ejemplo, pudo ser reanimada porque su alma había formado parte del sello ancestral del Jinete de la Muerte desde hacía siglos. Había sido marcada siglos atrás para este propósito y esperaba, inconscientemente, el momento en que su verdadero amo la convocara desde las sombras.

Virgilio no controla a los muertos. Reclama a los destinados a su causa.

—El cuerpo de ese hombre lobo —dijo Vergil finalmente, levantándose con un movimiento suave y deliberado, como si su presencia se moviera en sincronía con el aire enrarecido a tales alturas.



Itharine sonrió sombríamente, extendiendo la mano. De su propia sombra, algo se dibujó, como arrancado de la mismísima estructura del mundo.

"Aquí, mi señor." El cuerpo del hombre lobo, aún marcado por las runas de la batalla anterior, cayó al suelo entre ellos con un golpe sordo. La carne aún fresca, la sangre coagulada... pero el alma, tal vez, no demasiado dañada.

Vergil miró el cadáver y, por primera vez esa noche, sus ojos brillaron con un rastro de anticipación.

Otro soldado. Otra alma para su legión.

Virgilio observaba el cuerpo ante él como un artesano contemplando la materia prima de su próxima obra maestra. No veía mera carne muerta; veía



potencial. Un sirviente. Un camarada en la guerra. Un fragmento del Apocalipsis a punto de tomar forma.

Sus ojos se oscurecieron lentamente hasta que no quedó rastro de pupilas ni de iris: solo dos pozos insondables de sombra líquida, tan profundos como la muerte misma.

Extendió su mano.

De sus dedos, una energía violeta y abisal se deslizó, como una sombra viviente enviada a cazar. Se arrastró por el suelo hacia el cadáver, un río de oscuridad teñido de relámpagos púrpuras, crepitante, palpitante con un hambre ancestral.

Al llegar al cuerpo, la energía lo envolvió como un capullo. Los huesos crujieron. La carne se tensó. El pecho se sacudió hacia arriba en un violento espasmo.

—Tenemos que hablar, Alex... —susurró Vergil. Su voz resonó como si hablara en dos dimensiones: una en el mundo de los vivos y otra en las profundidades de la tierra de los muertos.

Pero lo que siguió... no fue lo que esperaba.

El cuerpo se convulsionó salvajemente, de forma bestial, inhumana. Las uñas se arrancaron. Los dientes se cayeron, reemplazados por colmillos. Los músculos se deformaron, los ojos estallaron en una luz ámbar, y entonces...

Con un aullido grotesco y atronador, el cadáver se levantó. Pero no como un hombre.





Un lobo.

Un lobo negro, envuelto en un pelaje tan oscuro como la ceniza quemada, con venas violetas que brillaban bajo la piel como magma bajo roca volcánica. Sus ojos eran rendijas ambarinas, ardían de furia y dolor. Sus zarpas golpeaban el tejado con fuertes golpes, y aún emanaba humo nigromántico de sus fauces y garras.

Éste no era Alex. No del todo.

Era lo que quedaba de su esencia, reconstruido en algo primigenio, instintivo, salvaje.

Un espíritu de rabia y lealtad canina, atrapado entre la muerte y el renacimiento.

Vergil entrecerró los ojos. No habló. Simplemente observó... hasta que Itharine, aún arrodillada, levantó la cabeza con una leve sonrisa que se dibujaba en sus labios.

"Doy la bienvenida a mi señor", murmuró.

Los ojos de Vergil permanecieron fijos en la criatura. Respiraba con dificultad, y un vapor oscuro emanaba de sus fosas nasales como un horno encendido. Cada músculo se contaría con la energía residual de la muerte, contenida, pero aún en carne viva.

El silencio entre ellos pesaba como una lápida.

Entonces Virgilio dio un paso adelante.





"¿Recuerdas... quién eras antes?"

El lobo levantó lentamente la cabeza. Su postura era majestuosa, pero sumisa. No era una simple bestia. Era un sirviente... consciente.

Su voz no salía de su boca, sino de las sombras circundantes, transportada por ecos distorsionados y un tono gutural que reverberaba en el alma misma.

—Sí, mi señor. —Una pausa. El viento frío sopló sobre el tejado, pero el lobo no se movió—. Recuerdo la vida de antes... las decisiones, los deseos, las debilidades.

Vergil permaneció inmóvil, aunque sus ojos negros como la pólvora ardían con una curiosidad depredadora. "¿Y qué opinas de eso?"



El lobo bajó la cabeza, presionándola contra el concreto como un caballero arrodillado ante el trono de su rey.

Disgusto. Los recuerdos que no implican servirte me llenan de repulsión. Son los restos de un alma débil. Una mente que flaqueó, que dudó ante la verdadera fuerza.

Volvió a levantar la cabeza. Sus ojos ardían como brasas bajo la oscuridad.

Ahora lo entiendo... Regresé para cumplir el único propósito digno de existir: servir a la Muerte. Servirte a ti, mi señor.

Itharine sonrió con orgullo, como quien ve a su hermano menor recorrer el mismo camino oscuro.



Vergil lo observó durante unos segundos más, con expresión ilegible.

Entonces levantó la mano y el lobo inmediatamente se arrodilló, como si ese gesto fuera una orden divina.

"Levántate entonces. Ya no eres Alex."

La sombra alrededor del lobo se hizo más espesa, como si el mundo mismo reconociera el cambio.

"De hoy en adelante...", declaró Vergil en voz baja, cargado de poder, mientras una brisa sobrenatural danzaba a su alrededor, como velos vivientes de oscuridad. La ceniza flotaba sobre el tejado, formando espirales rítmicas, como si el mundo mismo se inclinara ante el bautismo que estaba a punto de tener lugar.



"...Serás conocido como Fenrhaem." En ese instante, el lobo levantó la cabeza y aulló.

Pero no era un aullido cualquiera.

Fue un desgarró en el firmamento.

Un grito que vibró a través de los huesos del mundo, resonando como una profecía en cien lenguas olvidadas.

El sonido se extendió por Nueva York en oleadas, alborotando a los cuervos en los tejados, haciendo retroceder las sombras en los callejones y enviando escalofríos a aquellos sensibles a lo sobrenatural, aunque no sabían por qué.

Una nueva pieza había entrado en el tablero del Apocalipsis. Y no fue una pieza silenciosa.

Entonces Vergil sonrió, el brillo violeta absoluto en sus ojos ahora era más brillante, como antorchas gemelas ardiendo en el abismo.

—Ahora, Fenrhaem... —Su voz era cortante. Suave, pero con la promesa de una muerte inevitable—. Recuerda todo sobre Espectro y sus generales. —Avanzó, eclipsando incluso el horizonte con su presencia.

Recuerdos, olores, voces, cicatrices. Quiero cada fragmento. Cada debilidad.

El lobo bajó la cabeza en reverencia y el vapor negro que emanaba de su cuerpo se espesó con la creciente anticipación.

"Sí, mi señor... todo será vuestro."

Virgilio se giró entonces, encarando el cielo nocturno tormentoso, como si los dioses mismos lo estuvieran observando. Su largo abrigo danzaba en el viento caótico, como una extensión de su sombra viviente.

"Hagamos algo de ruido, Fenrhaem..." "Uno que ni siquiera la Muerte se atreverá a ignorar."

Las luces de la ciudad parpadearon y luego, como si el mundo contuviera la respiración, Vergil y su lobo desaparecieron en las sombras.

El preludio de la guerra había comenzado...

"No he olvidado lo que le hiciste a Viviane..." susurró Vergil.

